



III. HUMANISMO, REFORMA Y ESTADO SOBERANO

LOS TIEMPOS MODERNOS

El humanismo al que aludimos está en las páginas anteriores con Bodin y Maquiavelo, como Guicciardini que mencionamos, provienen del Renacimiento que fue una época espléndida. El siglo XVI, con los viajes de Vasco da Gama, de Colón y el Descubrimiento de América, va a abrir nuevos horizontes no solo geográficos y productivos y tocando el imaginario de Occidente, prepara el terreno a la duda religiosa y científica. O sea, al conocimiento. De estrecho el mundo se volvía infinito, y quien abre los cielos a los hombres es Galileo (1564–1642). Mientras observa con una de las primeras lunetas astronómicas la superficie llena de cráteres de la luna, un holandés, Jansen, en 1604, descubre a la humanidad el otro camino, ya no lo infinitamente grande de las estrellas sino lo infinitamente pequeño: el microscopio. De ahí, el sentimiento religioso de Pascal (1623–1662), “el silencio de los espacios eternos me espanta”. ¿Cuál podía ser un punto inamovible de referencia? Los renacentistas habían encontrado una solución: el hombre mismo. Las medidas del cuerpo humano, en da Vinci, corresponden a las del *imago mundi*. Cosmos y hombre se correspondían. Pero eso era antes del gran cisma. Cuando Lutero clava sus 95 tesis en la Iglesia del Palacio de Wittenberg, 3 de octubre de 1517, los tiempos giran a un tiempo histórico distinto. De él venimos.

Del XVI al XVII, ocupará un gran espacio de lo público las guerras de religión pese a que durante el Renacimiento la política se había secularizado en las ciudades italianas. Los procesos históricos no son lineales y lo que siguió de inmediato fue

el retorno de la religión, con querellas, dogmas en disputa y guerras. Pensar se hizo un poco más difícil. “Hay tiempos en que callar o hablar es igualmente riesgoso”, Erasmo de Rotterdam. No podríamos hablar de retroceso pero sí de una suerte de bucle, de rizo, para volver a caminar hacia las libertades humanas. Fue necesario que apareciera un nuevo actor público, el Estado, bajo su forma monárquica, para que los partidos religiosos, no hay otra manera de llamar a católicos y protestantes de esos tiempos, se aceptaran. Solo en el XVIII, se logró un *status quo*. En Francia antes de 1789, ni el Rey gobernaba la Iglesia, ni la Iglesia al rey. Pero en ese siglo, se busca la racionalidad en todo. La política comenzó a ser pensada, aun en el vientre de las poderosas monarquías, como otra posibilidad. Desde el pueblo, la libertad y con individuos iguales. Las revoluciones que siguieron fueron la culminación de los tiempos modernos y la apertura de lo que se llama la edad contemporánea. Cada tiempo tiene su modernidad, ha dicho Octavio Paz. Pero vayamos despacio.

La periodización llamada “Tiempos modernos” envuelve diversos aspectos. Un nuevo esquema de convivencia civil que fue naciendo entre conflictos sociales y religiosos. Una edad inestable de constante novedad, ese su *Zeigeist*, o aire del tiempo. Cuando los historiadores examinan el mundo europeo del XVI al XVIII, se detienen en temas como la monarquía, la nobleza, dónde y cómo se implantan los protestantes en Europa y en el mundo (incluyendo la migración hacia la América del Norte). La actitud del catolicismo y su respuesta tras el Concilio de Trento; la influencia de las constantes guerras en la economía y la demografía; y en su consecuencia: el robustecimiento del Estado monárquico. Entre tanto lo moderno, artes, ciencia, innovaciones, cruza las fronteras geográficas, clases y naciones, uniendo y desuniendo. Ser moderno será formar parte de un mundo que continuamente se hace y se deshace. Por eso los caballeros que pinta El Greco son graves, severos, melancólicos y a la vez guerreros. Ese tiempo lo expresa el barroco, que no es una definición, sino una forma que envuelve y separa lo que toca. Y eso, sí que llegó a América española. Está en la fachada de las iglesias coloniales, en los altares, el arte, y hoy, en la forma de hablar y de vivir.

Mucho de los otros episodios de los tiempos modernos, en cambio, no llegaron a América. No estuvieron en la vivencia de los que vivían en estas tierras. Transcurrieron fuera de la geografía de las Indias españolas, a lo más llegaban a los océanos, donde holandeses, franceses e ingleses asediaban a las flotas españolas en cuanto dejaban los puertos bien pertrechados de cañones del Callao y de Cartagena. Todo eso, puede parecernos, ciertamente, historia europea, ajena, sin conexión con la historia americana. Ciertamente, no hubo aquí gente ni reinos que abrazaran masivamente

la iglesia reformada, mal llamada protestante. Ciertamente, fue en Europa, en Alemania, donde los soldados imperiales se enfrentaron a los Príncipes luteranos. Aunque sí jugó un papel la renta minera, de las minas mexicanas y del Alto Perú, que el fisco de los Habsburgo dilapidó en esa guerra civil europea. Nada de eso ocurrió en nuestras proximidades porque en los tiempos coloniales fuimos sociedades bajo tutela, protegidas. Aisladas del mundo por el mar, la burocracia y la ortodoxia religiosa. Al margen de esos avatares guerreros y teológicos. Acaso podemos pensar que eso fue una ventaja. Pero no lo fue. Al tiempo que transcurrían las guerras de religión, que tuvieron períodos de tregua, se produjo un intenso debate religioso, político y moral. No estuvimos en él, poco nos enteramos. La placenta materna colonial nos envolvía. Además, lo moderno es el yo, el ego vitalista de los renacentistas, el “yo soy el que escribe” de Montaigne. Para eso se necesita de individuos, pero las formas holísticas de la vida colonial protegían y ahogaban a sus miembros. Era una sociedad para santos y santas y no de héroes culturales. Por lo demás, no siempre ha habido y hay individuos. La individualidad no es natural, es una “construcción social”. En los países de la América Latina es tardía. Pesa más que en otros espacios de civilización, la familia ancha, lo comunitario, lo gregario. Eso explicaría tal vez parte de nuestros retardos, el peso de los convencionalismos, el qué dirán. El tema da mucho de sí, pero sería imprudente extenderse y perder el hilo de estas páginas.

¿Esos tiempos modernos, *a priori*, no nos interesan? Podemos pensar que también son nuestros como antecedente, pero más de uno de nuestros escolares puede, en efecto, preguntarse ¿en qué puede interesarnos los problemas de Enrique VIII y su repudio de Catalina de Aragón que no le daba herederos varones? Sin duda, en nada directamente. Para explicarlo está la lección de historia. Puesto que esa cuestión de la dinastía de los Tudor está ligada a los conflictos con Carlos V y las intervenciones del papa Clemente VII. Y cobran sentido al considerar las dificultades de esas monarquías nacionales para afianzarse en una Europa donde la hegemonía era la de los Imperios. (El imperio español, el sacro imperio germano, ruso, otomano). Y puede entonces comenzarse a comprender que la idea misma de algo “nacional”, para todo Imperio, no podía ser sino un desacato, una sedición, una anomalía. Para los Habsburgo germano-españoles, una impiedad. Sus guerras son cruzadas. La Armada Invencible quiere anexar una Inglaterra hereje que es un reino en una isla. Pues bien, de esa anomalía, reinos autónomos, proviene nuestra idea misma de nación. Ciertamente, el Absolutismo de Inglaterra y Francia monárquicas, era para fundar sistemas coherentes y su propia hegemonía. Pero eso, el Estado moderno que también era una nación, fue un esquema que terminó interesando a republicanos, más allá de las mismas monarquías.

Se adopta el Estado, se modifica la forma de gobernarlo con la revolución americana de la Independencia y con la revolución francesa. Pero sin lo uno, no pudo imaginarse lo otro. En suma, esas dos prácticas institucionales, nación y Estado, llegan llave en mano a comienzos del siglo XIX, tras la victoria militar de Ayacucho.

En otras palabras, llega algo que en Europa (y en los colonos de la América del Norte) es consecuencia de un prolongado proceso político e intelectual, en el cual, nosotros, residentes de virreinos de México y Perú, encerrados en la Arcadia colonial, no participamos. Y por supuesto, seguimos mal, colonialmente, los sucesos del mundo exterior que no motivaron debates sino misas solemnes, *Te Deums* por la salud de los lejanos reyes. ¿Se entiende, entonces, el desfase entre realidad y teoría que se abre en 1821? No decimos que no estuvo bien emanciparse sino que de golpe, se nos vino encima el mundo.

Los tiempos modernos los constituye una suma de novedades históricas. En algunas participamos, sin desearlo. Bajo el imperial Carlos V fuimos las Indias, un mosaico de pueblos y naciones navegando en las entrañas de un proyecto de monarquía católica y universal. Y en el vientre de esa gran ballena no nos tocó ni la Reforma protestante, ni la separación de la Iglesia Católica de Inglaterra, ni las guerras navales en el Mediterráneo ante los musulmanes. Sin embargo, en Lepanto se libró un combate naval que fue observado por otras naciones fuera de Europa, como el Japón, cuyos biombos caseros reprodujeron la formación de las escuadras cristianas y musulmanes. No por algo la llamó Cervantes “la mayor ocasión que vieron los siglos”. La hegemonía en los mares de portugueses y de españoles llevó al establecimiento de imperios marítimos que llegaron a los extremos del mundo. En el espacio, la Edad Moderna es la primera mundialización. Y ahí estuvimos, queramos o no, desde la toma de un Inca en Cajamarca por un puñado de aventureros. Pero ese episodio no fue único. Se extendía a Goa, Filipinas, los puertos de Japón y de China. Más tarde, las exploraciones sobre la Oceanía, —la de Cook, Bougainville— completan la cartografía marítima. Bougainville, por ejemplo, da la vuelta al mundo, de Brasil a Tahití, por orden del Rey, regresa a Saint-Malo y publica en 1769 algo que vuelve la tierra más pequeña (*Description d'un voyage autour du monde*, 1771). Hay territorios que seguirán distantes, como India y Australia, pero ya no fuera de los intereses geoestratégicos. Todos estos acontecimientos corresponden a la historia de Europa pero no solamente a ella.

El historiador Pierre Chaunu ha estudiado lo que él llama “la economía transatlántica”. Se refiere a las flotas que iban y venían de España a puertos de Indias. Fernand Braudel usa el concepto de economía-mundo: el movimiento de precios era

ya internacional, del Cairo a Filipinas, de Macao a Ceilán, a India, China, Japón. Desde el siglo XVI, la historia económica cuenta las alzas y bajas de la economía ya mundializada, y se estudian los ciclos, el Kondratiev, para un capitalismo que entonces se vuelve planetario. El historiador Ruggiero Romano señala en ese período, “la primera unidad del mundo”. Y Mauro y Pierre Chaunu han estudiado minuciosamente cómo los períodos de expansión comercial de las Indias y sus crisis comerciales (sí, crisis en su balanza de exportación) están ligadas a las cuentas del monarca, a los períodos de guerra y de paz de Europa. Esa tesis no es una conjetura caprichosa, sino el resultado de estudios en archivos, de historia económica retrospectiva. A un cierto nivel mercantil y de producción, siempre estuvimos, para mal o bien, ya ligados a la coyuntura mundial, desde el XVI y no recientemente como algunos creen.¹

Ni hay propiamente hablando, historia de un país por separado. Ni es conveniente en nuestros días una historia nacional que se desconecte del mundo. En Inglaterra se encamina una corriente que se llama *world history*. Los historiadores franceses tienen un concepto similar, *l'histoire globale*. La perspectiva es no pegarse demasiado al marco nacional. Hay fenómenos transversales a sociedades distintas, comunes a dominadores y dominados. La multiplicación de puntos de vista resulta decisivo. Y hay una mirada de nuestro tiempo, que confirma esta manera de vernos, comparativamente. Me refiero a la obra de Serge Gruzinski, traducida al castellano, que narra simultáneamente la historia de los tiempos modernos a escala planetaria, de Acapulco a Manila, tal se llama unas de sus páginas, de China a Río de la Plata, y todo comienza cuando el autor estaba en Belém do Pará, asistiendo a unos ritos religiosos sobre la Virgen de Belém (el autor es antropólogo) y bombardean, ese mismo día, las torres del World Trade Center de New York. Se puede ser indio y moderno dice Gruzinski (*Las cuatro partes del mundo, historia de una mundialización*, FCE, México, 2004).

La Edad Moderna, en fin, es el tiempo en que pasan varios fenómenos a la vez, como en el relato de Gruzinski. Esos sucesos nos conciernen como a todo ciudadano de este planeta, viva donde viva y profese la fe que profese. Porque entonces comenzaron varias revoluciones de las que venimos. La revolución científica, de Galileo a Newton, para decirlo rápidamente. La revolución industrial antes de las máquinas del vapor. La revolución del capitalismo y el pensamiento liberal, la aparición de la burguesía. En fin, en el plano de las ideas, en los tiempos modernos se pensaron, intensamente, un par

¹ Frédéric Mauro, Pierre Chaunu, “La crisis mercantil. La lucha contra el monopolio comercial español en los orígenes de la Revolución de Independencia”, en: *Revista Complutense de Historia de América*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1993, n°19, pp. 149-194.

GUERRAS DE RELIGIÓN. RELECTURA CON WEBER EN LA MANO

Las llamadas guerras de religión es un episodio enorme de la historia del mundo, la genera la ruptura entre Roma y Lutero y sus seguidores. Es el cisma, lo que originará en Europa dos modalidades diferentes de vida. En una de ellas, en la zona ocupada por naciones protestantes, se da la sociedad industrial y el progreso material y científico. Es pues una guerra religiosa con consecuencias en la ética económica. El mapa del rigor protestante coincide con los orígenes del capitalismo (Cf. Max Weber, *La ética protestante y los orígenes del capitalismo*. Para bien o mal es así como ha ocurrido. Es tema decisivo, Carlos V y Felipe II combaten a los Príncipes alemanes protestantes. Cuando vivíamos en los siglos coloniales bajo la tutela de la España de la Contrarreforma. Nuestros textos de escuela (cuando los hay) por lo general evitan esa temática. Ese ahorro de la historia universal resulta costoso. No sabemos qué pasó y de dónde proviene el mundo moderno y contemporáneo. Si el tema de las guerras de religión fuera conocido, no sería necesaria la sumaria explicación que aquí, modestamente, emprendemos.

Los desacuerdos religiosos condujeron a tomar las armas. En Francia se enfrentaron católicos y calvinistas entre 1562 y 1598. Los Habsburgo desde España intentaron invadir Inglaterra, pero la Armada Invencible fracasa (1588). El mayor enfrentamiento fue en Alemania, una coalición de Príncipes resistieron con éxito las tropas imperiales del poderoso Carlos V. No fue un fenómeno aislado ni localizado. Las guerras de religión abraza a los Países Bajos, llega a Praga, a Dinamarca. No es una sino muchas y variadas, un solo episodio se le conoce como "la guerra de Treinta años" (1618-1648). No solo hubo enfrentamientos armados en los campos de batalla sino actos de exterminio: la masacre de la San Bartolomé, es uno de ellos (unas 30 mil personas, por ser protestantes). Cuando cesan, ni los católicos han logrado exterminar a los protestantes ni éstos a los fieles a la doctrina romana. Pero el mapa del poder político se ha modificado para siempre.

Una de las consecuencias de las guerras de religión consiste en la emergencia de un poder arbitral que mediara entre las fuerzas antagónicas. Y esa entidad será el Estado moderno. Su primera encarnación es la Monarquía nacional. Es el caso muy marcado de Inglaterra como el de Francia. Las Coronas se robustecieron.

Las guerras de religión tuvieron otras dos importantes consecuencias. La primera, por paradójico que sea, afecta a la propia Iglesia Católica que se renueva. Lutero fue condenado en 1520, con la bula *Exsurge Domine*. Ahora bien, tras la guerra civil religiosa, se reúne un Concilio en Trento, el más prolongado de la historia, 17 años (1545-1563). La respuesta católica fue emprender una profunda reforma en la formación de sacerdotes, y eso son los Seminarios. Y en la enseñanza religiosa, el Catecismo, que como se sabe, es una sencilla pedagogía. La Contrarreforma es un vasto tema, no hay que subestimarlos, aquí nos detenemos en solo algunos puntos de doctrina. El Concilio robusteció la autoridad del Papa, refutó a Lutero en que solo era necesaria la lectura de las Santas Escrituras para salvarse, era importante la tradición, insistieron en el papel sacrificial de Jesús y en consecuencia, en la eucaristía, en la santa misa. No salvaba solo la fe interior, la sola *fides* de Lutero sino las obras, la caridad. En materia institucional, la Iglesia católica crea nuevos órdenes, los jesuitas. Da paso a nuevos movimientos espirituales, San Vicente de Paul, San Francisco de Sales. En cuanto al lugar de culto propiamente dicho, la Contrarreforma insiste que la iglesia era la casa de Dios y del pueblo y en consecuencia, se merecía lo mejor. Su respuesta fueron hermosos cuadros, esculturas y bellas fachadas, o sea, el barroco. Los protestantes respondieron con la música. De Bach a Mozart, la gran música procede de pueblos y países protestantes. Una compensación espiritual a sus desnudos templos.

Aparte del Barroco, nada de eso vimos ni sentimos. Ocurrió entre 1562 y fines del siglo XVIII, y en Europa. Sin embargo, el Imperio de los Austria españoles sí estuvo involucrado, y por lo tanto, sus dominios coloniales en el Nuevo Mundo, y sus poblaciones españolas, indias o mestizas. Carlos V asume el papel del brazo armado del Papado en esa guerra que se extendió a toda Europa, cuando Lutero se niega a retractarse. El monje alemán acude a la cita de la ciudad de Worms, 1521, pero no se arrepiente, luego se refugia en Alemania, y cuando lo van a buscar las tropas imperiales, quince príncipes alemanes y catorce ciudades se niegan a entregarlo. Eso es lo que origina el epíteto de protestantes. Pero la Contrarreforma cerró los ojos y los oídos de la elite colonial en una Hispanoamérica, al abrigo de esas polémicas.

No estuvimos en ellas, ni tampoco en los inicios del capitalismo (salvo el aporte de las minas de Potosí y Huancavelica, hasta que se agotaron, a mitad del XVII). No estuvimos en la aparición de un pensamiento libre de dogmatismo y con espíritu crítico.

Volvamos a lo esencial. ¿Por qué deben interesarnos esas guerras intraeuropeas? Por la sencilla razón de que a raíz de ellas se genera algo que ahora llamamos la modernidad, los tiempos actuales. Pero no fue un hecho deliberado. La Reforma, donde se estableció, trajo consecuencias inesperadas. Para decirlo en pocas palabras, sus creencias religiosas estructuraron una vida económica diferente. Cuando Max Weber se pregunta de dónde provenía el capitalismo, y en una Alemania próspera, industrial, capitalista, burguesa de fines del siglo XIX, procede como sociólogo y acude a unas estadísticas. Y estas mostraban la correlación entre las zonas geográficas de una vieja implantación calvinista con las zonas de industrialización y modernidad. Una profundización de la pesquisa de orden esta vez histórico, le revela algo sorprendente. Las aldeas y gremios que habían abrazado el calvinismo, adoptaron una forma de vida que valoraba el trabajo, limitaba deliberadamente el consumo y se abstenía de lujos. Las comunidades calvinistas habían racionalizado vida y economía. Weber señala que eso era el resultado de una creencia, el *Beruf*, vale decir, la vida como devoción. La plegaria a Dios era para los herederos de Calvino, el trabajo cotidiano. ¿Una ética religiosa producía una economía? Weber no busca una causa única en la formación del capitalismo, pero es importante que una de las razones por las que aparece en el modesto norte de Europa sin grandes riquezas y sin colonias, es que se da la coincidencia del trabajo como una actividad libre y un *ethos* que racionaliza la vida. Que fuera religioso, o calvinista, no es lo decisivo. Sino que el proceso de racionalización occidental se da en una zona donde la virtud del ahorro y del libre trabajo se vincula a una religión.

Sobre Weber hay un malentendido. No toma la postura de un teólogo (ni el autor de estas líneas que lo glosa) ni discute el budismo asiático o las creencias hindúes, en sí mismos. No califica ni descalifica. El profesor Weber practica uno de los métodos de higiene mental que propone, el de la distancia entre los hechos y las propias convicciones. Después de todo, la modernidad la concibe desde lo que él llama “el politeísmo de los valores”. Así, lo que a Weber le importa, y a nosotros en estos días, es responder a la pregunta siguiente: ¿cuál es el sistema de racionalidad que una u otra creencia genera en las costumbres y comportamientos corrientes? ¿Qué ética comanda la rutina cotidiana? La sorpresa cuando se conoce enteramente a Weber, es que “la racionalidad”, niña de los ojos de Occidente, también existe en sociedades extraeuropeas. Puede que en la China actual sea confucionista. En consecuencia, para el estudio comparado de las sociedades, es preciso otra lectura de la evolución del mundo moderno y contemporáneo. Una *World History*, como practican ya algunos historiadores, en particular los ingleses. Nada se explica, ni nación ni civilización alguna, enteramente por separado. ■



de cosas. Como se podía concebir una sociedad distinta. Fue un tiempo de utopías, Tomás Moro, Campanella, y en esa línea, hay que tomar en cuenta a Garcilaso de la Vega, el Inca, cuya obra fue conocida por los humanistas. La otra línea es un debate intenso sobre lo que ahora llamamos derechos humanos, que arrancó con la defensa de los indios en el alegato de Bartolomé de las Casas en Valladolid, en presencia de los reyes. Ese debate no ocurre en América dependiente, ni en México, ni en Lima, ni en Buenos Aires. La protección doble de la Iglesia y el Estado de Indias nos tuvo al margen de ese ruido del mundo, hasta que llegaron los clarines de la Independencia, ignorando por nuestro lado, una teorización que llevaba siglos.

Y si bien en el esfuerzo por la teorización del poder político no estuvimos presentes, no deja de ser verdad que los fundamentos mismos del mundo moderno (que prepara obviamente, el actual mundo en que vivimos) son algo que nos concierne. Por ejemplo, el nacimiento de la idea del Estado. Por eso Hobbes. Poco importa que fuera inglés, pudo ser un pensador de otra nación, como Spinoza que vivía en Holanda, o filipino o malayo. En los días de Hobbes se puso de pie un sistema de poder que ordenaba la sociedad superando las rivalidades religiosas tras imponerles un campo de neutralidad, el Estado. Así, los tiempos modernos se representan por un gigante, el *Leviatán*, es decir, mediante una alegoría antropocéntrica: una suma de cuerpos humanos. Además, el gigante emerge del mar. Y el mar ha sido siempre la figura simbólica de lo inestable. ¿Y lo que caracterizará al mundo tanto moderno como contemporáneo no es precisamente las crisis, las contradicciones, las rupturas y fracturas? Con el *Leviatán* la política vuelve a ser actividad profana, secularización. Eso no significa la desaparición de la religión, sino que las normas de conducta se instauran desde los lazos sociales mundanos y las necesidades de los seres humanos. De alguna manera, Hobbes es la continuidad de un pensamiento laico que se inicia con Maquiavelo. En tiempos más difíciles que los que conoció el Secretario de la Segunda Cancillería de Florencia.

1. HOBBS O EL ESTADO MODERNO COMO ARTIFICIO NECESARIO

Un gran pensador que escribe lentamente. *El Ciudadano*, le toma cinco años. Su principal obra es editada cuando tiene 53 años. En cambio, el hombre Hobbes será longevo. Fecha clave en la historia de la filosofía política, el *Leviathan*, 1551. En latín, traducido al inglés en 1568. Entre tanto, Inglaterra se ha dado un sistema hobbiano de Estado. Fecha clave porque o se tiene *Leviathan* o Estado, orden